

**EL CUIDADO
DE PERSONAS
EN RIESGO
DE SUICIDIO
INSPIRADO
EN EL MENSAJE
DE LA ESPERANZA
CRISTIANA**

**CARING FOR PEOPLE AT RISK
OF SUICIDE INSPIRED
BY THE MESSAGE
OF CHRISTIAN HOPE**

Fecha de recepción: 17/10/2025

Fecha de aceptación: 05/12/2025

GUILLERMO FACUNDO ANDRÉS JUÁREZ

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-7749-7439>

Contacto: gjuarezop@unsta.edu.ar

gjuarezop@gmail.com

- Fraile Dominicano de la Orden de Predicadores. Doctor en Teología. Universidad de Friburgo, Suiza (2006).

Profesor titular de Teología de la Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino (UNSTA).

Profesor de Bioética de la Carrera de Medicina de la UNSTA.

RESUMEN

La observación de dos líneas de estudios psicológicos sobre el suicidio, referidas respectivamente a la desesperación y a la religión, nos dará la oportunidad de poner de manifiesto la originalidad del mensaje cristiano sobre la esperanza teologal y la necesidad de brindar un cuidado inspirado en dicho mensaje a los que desesperan de la vida a tal punto que consideran la posibilidad de suicidarse. Apoyándonos en la Sagrada Escritura y en la tradición teológica, destacaremos algunos contenidos centrales de la doctrina sobre la virtud de la esperanza, como su carácter teologal, sus metas y sus motivos, que nos permitirán sugerir orientaciones específicas para el acompañamiento de estas personas, convencidos de que la respuesta al "misterio psíquico" del suicidio solo se encuentra en el Misterio de Cristo, nuestra esperanza de gloria.

Palabras clave: Cuidado, suicidio, esperanza, virtud, gracia.

ABSTRACT

The observation of two lines of psychological studies on suicide, referring respectively to despair and religion, gives us the opportunity to highlight the originality of the Christian message on theological hope and the need to provide care inspired by that message to those who despair of life to such an extent that they consider the possibility of suicide. Drawing on Sacred Scripture and theological tradition, we will highlight some central aspects of the doctrine on the virtue of hope, such as its theological nature, its goals and its motives, which will enable us to suggest specific guidelines for the accompaniment of these people. We are convinced that the answer to the "psychic mystery" of suicide can only be found in the Mystery of Christ, our hope of glory.

Keywords: Care, suicide, hope, virtue, grace.

UN MENSAJE VIGENTE Y URGENTE

La temática que abordamos en el presente trabajo se inscribe en el contexto de un estudio más amplio concerniente al cuidado de la persona en riesgo de suicidio inspirado en la enseñanza de la teología moral sobre las virtudes teologales. Procuraremos brindar una visión de conjunto de la contribución original que proporciona a este respecto la enseñanza correspondiente a la virtud de la esperanza¹. Nos referimos, claro está, a un acompañamiento cristiano, complementario al que ofrecen los profesionales de la salud y en estrecho diálogo con él. Para poner de manifiesto la oportunidad de un estudio acotado a la esperanza teologal, tomaremos como punto de partida una constatación empírica a partir de trabajos científicos del ámbito de la psicología.

Desde los años setenta del siglo pasado han comenzado a proliferar en esta rama de las ciencias de la salud estudios centrados en la relación del suicidio con la desesperación². De hecho, esta última designa una de las condiciones anímicas más características de la persona con tendencia suicida. Su potencia predictora de suicidio sería incluso mayor a la que tiene la depresión clínica, la ideación suicida y la conducta suicida. Por otra parte, a pesar del sesgo materialista o laicista que predomina en este ámbito científico³, podemos comprobar cómo van ganando cada vez más terreno los estudios que procuran poner en evidencia la influencia positiva de la perspectiva trascendente en la prevención del suicidio y, de modo

1 Para un estudio más amplio de esta problemática desde la perspectiva del creyente se puede consultar: Pangrazi A. Suicidio: De la rendición a la lucha por la vida. Madrid: San Pablo; 2005; Wünsch VL et al. Bioética, teología e saúde mental: diretrizes de cuidado e prevenção do suicídio. Rev iberoam bioét. 2016 (2): 1-15; Cano Arenas A, Chiva San Román L. En la encrucijada del suicidio: Teología y espiritualidad de un sufrimiento insoportable. Sal terrae. 2022; 110 (1281): 819-32. Para una visión de conjunto de la enseñanza del Magisterio de la Iglesia, ver: Flecha JR. Bioética: La fuente de la vida. 2ª ed. Salamanca: Sígueme; 2007. p.298-300. No resulta fácil reconocer la correspondencia de esta enseñanza con lo que postula el autor, a continuación, en forma de interrogantes.

2 Del conjunto de los estudios publicados por Aaron Beck y sus colaboradores hasta los años noventa, destacamos el siguiente: Beck AT et al. Hopelessness and suicidal behavior: An overview. En: Maltzberger JT, Goldblatt MJ, editores. Essential papers on suicide. Nueva York: NYU Press; 1996. p.331-41. Ver, además: García-Alandete J et al. Depresión, desesperanza, neurosis noógena y suicidio. En: VIII Congreso Virtual de Psiquiatría. Interpsiquis; Palma de Mallorca; 2007.p. 1-15. En referencia a la esperanza: Dogra AK et al. Impact of meaning in life and reasons for living to Hope and suicidal ideation: a study among college students. Psychol Mental Health. 2011; 18: 89-102; Marco J et al. Meaning of life buffers the association between hopelessness and suicide in participants with mental disorders. J Clin Psychol. 2016; 72(7): 689-706.

3 Cf. García Peña JJ et al. Espirieducación. Lo espíritu-religioso, un factor protector contra el suicidio. En: García Peña JJ (dir.). El suicidio. Una mirada integral e integradora. Antioquia: Fondo Editorial Universidad Católica Luis Amigó; 2020. p.57.

más específico, la religión⁴. De hecho, el rol protector de la religión ha ganado tal interés en la psicología académica que, en el año 1976, la Asociación Psicológica Americana creó un grupo especial sobre psicología de la religión con reuniones anuales, eventos internacionales y un boletín⁵.

Los estudios que acabamos de evocar, referidos al fenómeno religioso en toda su amplitud, ofrecen el marco adecuado para una investigación interdisciplinar sobre el aporte original que puede brindar el cristianismo a la problemática que nos ocupa. De modo particular, el mensaje cristiano sobre la virtud de la esperanza aparece como un lugar teológico privilegiado para reconocer la dirección hacia la que se encaminan estas dos líneas de estudios científicos e incluso su punto de convergencia. De ahí la conveniencia de contar con una breve exposición de algunos aspectos fundamentales de dicho mensaje a la luz de la Sagrada Escritura y de la tradición teológica, como el carácter teologal de la virtud de la esperanza, sus términos y sus motivos, que permitan reconocer su valor excepcional y su rol insustituible en el acompañamiento de las personas afectadas por el drama del suicidio.

1. La esperanza como virtud teologal

La virtud de la esperanza es teologal porque se refiere directamente a Dios en su vida íntima como origen, motivo y objeto⁶. Se diferencia de la fe y la caridad porque alcanza a Dios bajo dos aspectos complementarios, a saber, como bien

4 Un buen ejemplo es el siguiente estudio: Dervic K et al. Religious Affiliation and Suicide Attempt. *Am J Psychiatry*. 2004; 161: 2303-08. Ver, también: Smith TB et al. Outcomes of religious and spiritual adaptations to psychotherapy: A meta-analytic review. *Psychotherapy Research*. 2007; 17, 6 (2007): 643-55; Taha N et al. La espiritualidad y religiosidad como factor protector en mujeres depresivas con riesgo suicida: consenso de expertos. *Rev Chil Neuro-psiquiat*. 2011; 49(4): 347-60; Fernández A. Religión y relaciones sociales como factores de protección contra la ideación suicida en adolescentes de bachillerato privado de la CDMX [Tesis profesional]. México: UP; 2019; Martín Salinas A et al. La comunidad religiosa como factor protector ante el suicidio. *INFAD*. 2023; 1(2) 167-80.

5 Taha N et al. La espiritualidad y religiosidad como factor protector.p. 348. El diccionario de esta asociación define la emoción de la esperanza como "la expectativa de que uno tendrá experiencias positivas, de que una situación potencialmente amenazadora o negativa no se materializará o de que, en última instancia, resultará en un estado de cosas favorable". *APA Dictionary of Psychology*. Washington, DC: APA (ed.); 2015 [actualizado en mayo de 2022; citado el 28 de agosto de 2025]. Disponible en: <https://dictionary.apa.org/hope>

6 Cf. CEC 1812; ST I-II, q. 62, a. 1-2; In III Sent., d. 23, q. 1, a. 1, q. 3; De Virt. in Comm., a. 10-12. Para los textos de santo Tomás de Aquino reenviamos a sus obras completas en línea: Santo Tomás de Aquino, *Corpus Thomisticum*. Pamplona: Alarcón E (ed.); 2000 [actualizado el 10 de agosto de 2024; acceso el 28 de agosto de 2025]. Disponible en: <https://www.corpusthomicum.org/iopera.html>

sumo y más arduo⁷, y como poder infinito que nos auxilia. En efecto, el bien divino solamente mueve a la esperanza si es superable la dificultad para conseguirlo, lo cual se verifica solamente por el auxilio de la omnipotencia divina. Así pues, por la virtud de la esperanza tendemos hacia Dios como bien sumo, aunque arduo y distante, confiados en que, fiel a sus promesas y movido por su amor misericordioso, nos auxiliará con su poder infinito para que lo alcancemos⁸. En la estela de la enseñanza de los maestros medievales, la teología moral denomina objeto formal terminativo al primer aspecto y objeto formal motivo al segundo⁹. La virtud de la esperanza es teologal porque Dios en sí mismo es su término o meta y su motivo; su término, en cuanto bien sumo y su motivo, en cuanto omnipotente¹⁰.

La Sagrada Escritura¹¹ se refiere con frecuencia a la meta y al motivo de esta virtud. Por boca del salmista, nos dice: "la roca de mi corazón es Dios, la herencia mía para siempre" (Sal 72, 26. 28). Se sirve, así, de dos imágenes muy arraigadas en el corazón del pueblo elegido, la roca y la herencia, que simbolizan respectivamente a Dios como auxilio en el que nos apoyamos y a Dios como destino al que nos dirigimos. La esperanza del pueblo elegido tiene su origen y modelo en la esperanza de Abraham en las promesas de Dios (cf. CEC 1819). La figura de Abraham, junto con la de Moisés, son como grandes ventanales que nos permiten reconocer el conjunto del Antiguo Testamento como un verdadero cántico de esperanza en el que todo gira en torno a la expectativa que nace de la promesa y a la confianza en el auxilio divino que conduce a su cumplimiento. El profeta Jeremías expresa el núcleo de esta experiencia cuando proclama: "Esperanza de Israel, Yahvé: todos los que te abandonan quedarán defraudados, y los que se apartan de ti quedarán escritos en la tierra, por haber abandonado a Yahvé, manantial de aguas vivas" (Jr

7 El Doctor Seráfico lo indica de un modo conciso al decir que el objeto principal de la esperanza cristiana es "el bien sumo y sumamente arduo". San Buenaventura, In III Sent., d. 31, a. 2, q. 3, ad 3: Opera Omnia. T. 3. Quaracchi: Studio et cura PP. Collegii S. Bonaventurae; 1887.p. 685. Santo Tomás refiere esto mismo con expresiones como altísimo arduo o arduo sumo. Cf. In III Sent., d. 26, q. 2, a. 3, q1a. 1, ad 1; Ver., q. 14, a. 2, ob. 3.

8 Lo expresa bellamente una conocida oración litúrgica que descubre en la misericordia por la que Dios nos perdona la máxima expresión de su omnipotencia: "Dios nuestro, que manifiestas tu omnipotencia sobre todo en la misericordia y el perdón, multiplicas tus misericordias sobre nosotros para que, corriendo detrás de tus promesas, nos hagas consortes de los bienes celestiales de la vida eterna". Colecta. Domingo XXVI TO. Misal Romano. Edición de la Conferencia Episcopal Argentina. 3ª ed. Buenos Aires: Oficina del Libro; 2009.p. 382.

9 Cf. ST II-II, q. 17, a. 4, c.

10 Cf. Q. D. De Spe, a. 1. Para una profundización de la enseñanza de santo Tomás, ver: Ramírez S, La esencia de la esperanza cristiana. Madrid: Punta Europa; 1960; Id. De Spe Theologica: Opera Omnia. T. 11. Vol 1-2. Madrid: BTE; 1994; Labourdette IM. L'Espérance: Grand cours de théologie morale. Vol. 9. París: Parole et Silence; 2012.

11 Para las siglas y abreviaturas de la Sagrada Escritura, ver: Biblia de Jerusalén. 4ª ed. Bilbao; Desclée de Brouwer; 2009.p. XIV-XV.

17, 13). Yahvé es meta y garante de la esperanza de su pueblo, Israel. El horizonte de la esperanza veterotestamentaria, sobrepasando los límites visibles de la tierra de promisión y la descendencia, anuncia la venida de Yahvé en gloria, su reinado sobre una nueva tierra, la nueva alianza y la venida del mesías, hijo de David¹².

Dios ha cumplido las promesas hechas a Abraham y a su descendencia (cf. Lc 1, 55) más allá de toda expectativa, al enviar a su Hijo amado (cf. Ga 4, 4-5; CEC 422). Desde entonces, nuestra esperanza se centra en Jesucristo, el Buen Pastor que ha venido al mundo para dar su vida y para que tengamos vida en abundancia (cf. Jn 10, 10-11). San Pablo proclama que Cristo "fue entregado por nuestros delitos y fue resucitado por nuestra justificación" (Rm 4, 25; cf. 1 Co 15, 3-5. 12s.), y despliega esta enseñanza cuando nos asegura que, "si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más ahora que estamos reconciliados, seremos salvados por su vida" (Rm 5, 11). Sabemos, por tanto, que nuestra esperanza no quedará defraudada, porque "el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado" (Rm 5, 5; cf. Tt 3, 6-7). San Pedro, por su parte, bendice a Dios Padre, quien "por su gran misericordia y mediante la Resurrección de Jesucristo de entre los muertos, nos ha reengendrado a una esperanza viva, a una herencia incorruptible, inmaculada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros" (1 P 1, 3-5). Desde su plenitud en la gloria, Cristo, el Señor, dispensa profusamente el Espíritu de la promesa, prenda de nuestra herencia (cf. Ef 1, 13-14; CEC 731).

Mientras aguardamos "la bienaventurada esperanza y manifestación de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro, Jesucristo" (Tt 2, 13), estamos ya en él (cf. 1 Co 1, 30), porque él ha cumplido su promesa de venir con el Padre a morar en nosotros (cf. Jn 14, 23) y a permanecer en medio nuestro "todos los días hasta el fin del mundo" (Mt 28, 18). Aun así, nos dice continuamente "vengan a mí" (Mt 11, 28), impulsándonos interiormente a desear el agua del Espíritu que brota de su Corazón herido y glorioso en el que "habita la plenitud de la divinidad corporalmente" (Col 2, 9), y a poner nuestro refugio en él¹³. De este modo, comprobamos por nosotros mismos que su yugo es suave y su carga ligera porque, con la ayuda de su gracia, podemos seguir sus huellas (cf. Mt 11, 28-30; 1 P 2, 21).

12 Cf. Hoffmann E. Esperanza. En: Coenen L et al (dirs.). DTNT. vol. II. Salamanca: Sígueme; 1990.p. 130.

13 Cf. San Buenaventura. El árbol de la vida 29: Obras. T. 2. Madrid: BAC; 1946.p. 331-33.

Como miembros de su Iglesia, procuramos transmitir esta misma invitación del Señor de la Vida a todo el que, abrumado por la angustia y la desesperación, piensa que quitarse la vida es su única alternativa. Nuestra misión será anunciarle que, permaneciendo en Cristo y dócil a la acción de su Espíritu que da la vida (cf. Jn 6, 63), puede reencontrarse con la fuerza interior y trascendente de la esperanza teologal que mueve el afecto del corazón a desear a Dios como el tesoro más precioso, aunque sea el más arduo, infundiéndole a la vez la confianza en que el mismo Dios, fiel a sus promesas (cf. Tt 1, 2; Hb 6, 11-20), por la omnipotencia de su amor misericordioso, le dará todas las gracias para conseguirlo, venciendo los obstáculos que se interponen en su marcha hacia él (cf. Rm 4, 21; Ef 2, 1-13).

2. El desafío de compartir nuestra esperanza

Creado por Dios y para él, el hombre tiene inscrito en su corazón el deseo de Dios, a tal punto que solo en él encontrará la verdad y la dicha que no cesa de buscar (cf. CEC 27; GS 19, 1). San Agustín lo reconoce en su coloquio íntimo con Dios del que nos hace testigos en las *Confesiones* al escribir: "nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti"¹⁴. Debemos advertir, sin embargo, que esta inquietud o deseo del corazón es un apetito o inclinación natural, por lo que no se verifica, de suyo, en un acto espontáneo o ilícito de la voluntad humana¹⁵.

En realidad, es en la esperanza teologal donde dicha inclinación se traduce en una expectación o expectativa¹⁶, en una intención o tendencia directa y flechada¹⁷ hacia la bienaventuranza. Por esta tendencia de su afecto, el hombre, confiando en las promesas de Dios y en su misericordia infinita, se encamina decididamente y con premura hacia ese bien tan arduo, convencido de que el poder invencible de Dios lo pondrá al alcance de su mano. Al momento de determinar en qué consiste la virtud de la esperanza, el Catecismo de la Iglesia Católica habla de una "aspiración" y ofrece una definición en clave trinitaria al decir que "es la virtud teolo-

14 San Agustín de Hipona, *Confesiones* 1,1,1: Obras, t. 2. Madrid: BAC; 1979.p. 73.

15 De modo semejante, decimos que el deseo natural de ver a Dios no es un acto ilícito de la inteligencia del hombre. Cf. Juárez G. La doctrina tomasiana sobre el deseo natural de ver a Dios según Domingo María Basso, O.P. *Sapientia*. 2011; 67: 263-71.

16 Pertenece a la razón de la esperanza la expectación de lo que aún no se tiene. Cf. ST III, q. 7, 4, c.; In Philip., 1, 20, lect. 3, n. 29.

17 Cf. ST II-II, 17, 6 ad 3.

gal por la que aspiramos al Reino de los cielos y a la vida eterna como felicidad nuestra, poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas, sino en los auxilios de la gracia del Espíritu Santo"¹⁸. Sin la virtud de la esperanza, infundida por Dios en nuestros corazones, esa aspiración y esa confianza se desvanecen, porque son los dos movimientos afectivos que la identifican¹⁹.

Sería, por tanto, ilusorio y hasta temerario pretender que podemos obtener la esperanza teologal mediante una instrucción, por prolija que fuera, seguida de la repetición de los actos correspondientes, tal como sucede con las virtudes adquiridas o los hábitos científicos, o iniciar a otros en la práctica de esta virtud de un modo semejante. Si es cierto que Dios está siempre dispuesto a concedérmola, también lo es que no podemos disponer de ella a voluntad²⁰. Esta condición fundamental, que la esperanza comparte con las demás virtudes infusas²¹, es el primer presupuesto del que deberá partir todo creyente que se proponga acompañar a una persona que, por la gravedad de la crisis anímica y espiritual que atraviesa, no dudaría en atentar contra su propia vida. En realidad, la complejidad de la situación de esta persona exige, de suyo, una actitud de apertura humilde y respetuosa semejante a la que supone la vivencia de la virtud de la esperanza teologal, porque supera nuestra comprensión y nuestros esfuerzos²².

Así pues, las limitaciones que nos imponen las condiciones propias de esta virtud y de la persona en crisis suicida, lejos de desalentarnos, deberán ser el punto de partida para garantizar una ayuda eficaz y duradera. Siendo la esperanza una virtud infusa, lo primero que podemos hacer para que dicha persona la reciba o reavive, incluso antes de anunciarla, es pedirla a Dios en la oración con humildad, insistencia y confianza (cf. St 5, 16; CEC 2729s.). Pedirla para ella y su entorno, pero también para nosotros. Porque, luego de nuestra oración, lo que sigue en importancia en el servicio que pretendemos brindarle, es el testimonio de una vida

18 CEC 1817. Comparar con la definición psicológica ofrecida por la APA, referida en nota 5. Es fundamental distinguir estos dos niveles de consideración, para reconocer mejor cómo se diferencian y complementan el acompañamiento psicológico y el que se realiza desde la fe cristiana.

19 Por eso, el sujeto psíquico de la virtud de la esperanza es la voluntad. Cf. ST II-II, q. 18, a. 1; In III Sent., d. 26, q. 1, a. 5; q. 2, a. 2, ad 1; De Spe, a. 2.

20 Cf. ST II-II, q. 17, a. 1, ad 2; In III Sent., d. 26 q. 2 a. 2 c.; De Spe, q. 4, a. 1, ad 8.

21 Cf. ST I-II, q. 62, a. 1; q. 63, a. 3.

22 "Lo que queda al final es algo así como un misterio psíquico que no podemos aprehender". A. Cano Arenas, L. Chiva San Román. En la encrucijada del suicidio.p. 822. Estas observaciones pueden ser de gran utilidad para todo lo relativo a la gestión de la culpa por parte de los supervivientes de un suicidio.

alegre en la esperanza (cf. Rm 12, 12). Por lo demás, si es cierto que la oración es una manifestación e interpretación de la esperanza²³, nuestro primer testimonio deberá ser el de una entrega generosa al diálogo íntimo y vital con Dios que se expresa en la plegaria, la alabanza y la acción de gracias. Ahora bien, además de orar, dar testimonio de nuestra esperanza y anunciarla, podemos cooperar en la obra de Dios ayudando a otros a que se dispongan a recibir o a reavivar la gracia de la esperanza de modos muy diversos²⁴. Para reconocerlo mejor, convendrá tener presente que, si Dios es la meta y el motivo de la esperanza cristiana, no lo es de modo exclusivo.

3. Desde las metas secundarias

Dios es el bien sumo, la bienaventuranza eterna en la que termina principalmente la aspiración o el anhelo del corazón que espera. Existen, con todo, bienes subordinados a Dios que pueden ser objeto de nuestra esperanza, su término o meta, siempre que sean anhelados y pedidos en orden a él²⁵. El Señor se refiere al conjunto de los bienes que esperamos obtener de Dios en la oración del Padre-nuestro²⁶. En ella pedimos a Dios, ante todo, que venga a nosotros su Reino²⁷, es decir, que nos conceda la vida eterna, incoada ya en la vida de gracia. Le pedimos, también, los medios para alcanzar este fin: la caridad por la que cumplimos su voluntad, la Eucaristía, sacramento de la caridad, y el pan de cada día, que representa el conjunto de los medios materiales necesarios para nuestra peregrinación terrena. Le rogamos, en fin, que nos libre de la condenación eterna, otorgándonos el perdón de todos los pecados cometidos y ayudándonos a evitar todos los que pudiéramos cometer²⁸.

23 Cf. ST II-II, 17, 2.

24 Cf. 1 Co 3, 9; In III *Sent.*, d. 13, q. 1, a. 2, q. 1a. 1, c.; ST I-II, q. 112, a. 1, ad 3.

25 Cf. ST II-II, q. 17, a. 2, ad 2.

26 Cf. Mt 6, 9, 13; Lc 11, 2-4. "Mas, de todas las cosas que fielmente han de ser creídas, sólo aquellas que se contienen en la oración dominical pertenecen a la esperanza". San Agustín de Hipona. *Enchiridion* cap. 114: *Obras*, t. 4. Madrid: BAC; 2011.p. 625.

27 Pedimos primero el Reino y, "a continuación, lo que es necesario para acogerlo y para cooperar a su venida". CEC 2632.

28 El don de temor perfecciona a la esperanza induciéndonos a temer retraernos del auxilio divino. Cf. ST II-II, q. 19, a. 9, c.; In III *Sent.*, d. 24, q. 2, a. 1, q. 1a. 3

En definitiva, la virtud de la esperanza nos hace anhelar todos los bienes creados según que están subordinados al bien sumo²⁹ y rechazar los males contrarios. Por lo demás, el hecho mismo de apreciar los bienes creados, no solo por lo que son en sí mismos, sino por estar ordenados a Dios, mueve a nuestro afecto a ambicionarlos más ardientemente. Algo semejante sucede, aunque de modo opuesto, con los males contrarios: la esperanza teologal nos mueve a rechazarlos más decididamente según el mayor o menor alejamiento que provoquen del bien sumo. En este sentido, la Iglesia nos enseña que la virtud teologal de la esperanza asume las esperanzas que inspiran las actividades de los hombres purificándolas para que se ordenen al Reino de los cielos (cf. CEC 1818; GS 21 y 38). De modo inverso, el anhelo de Dios como bien sumo se ve estimulado por la purificación y elevación del afecto que comporta dicho ordenamiento (cf. 2 Co 7, 1; 8, 14; Tt 2, 12-4).

A la luz de esta enseñanza básica sobre las metas secundarias de la virtud de la esperanza, podemos decir que acompañar a una persona que desespera de la vida significará, en buena medida, inducirle a que renueve su anhelo de Dios, como bien sumo en el que se encuentra la dicha interminable, a través del anhelo de los demás bienes que conducen a este fin y del desprecio de los males que desvían de él. En no pocos casos, esta ayuda comportará una auténtica iniciación al aprecio de los bienes secundarios, comenzando por los más simples y menos arduos, y al desapego de los males opuestos, comenzando por los más fáciles de evitar y los más repugnantes para la persona. Entre estos últimos, podríamos nombrar el descuido del propio cuerpo y del propio entorno físico, así como el aislamiento³⁰. Entre los primeros, una comida sabrosa o un paseo al aire libre compartidos en familia o con amigos³¹.

Por banales que parezcan las bondades simples de la vida, cuando son vividas con la aspiración teologal de la esperanza, son como ese diminuto grano de mostaza al que se refiere el Señor cuando habla del Reino de los Cielos (cf. Mt 13, 31-32). Desde el sano apego a estas pequeñas cosas, podremos motivar a la persona que desespera de la vida a que avance hacia la conquista de otras más difíciles

29 Por esta subordinación, los bienes temporales, como la salud y las riquezas y los amigos, aprovecharán y no dañarán. Cf. San Agustín de Hipona. Sermón 80, 7: Obras. t. 10 [Sermones, 2]. Madrid: BAC; 1983.p. 449-450.

30 Convendrá recordar, a este propósito, la constatación de Durkheim: "El suicidio varía en razón inversa del grado de integración de los grupos sociales de los cuales forma parte el individuo". Durkheim E. Le suicide: Étude de sociologie. Paris: Félix Alcan; 1897. p. 224.

31 Esta iniciación puede verse complementada con estrategias propias de las psicologías de la motivación y de la esperanza. Cf. Reeve J. Motivación y Emoción. Madrid: McGraw-Hill; 2010; Ide P. Une psychologie de l'espoir pour une pastorale de l'espérance. NRT. 2025; 147(1): 22-38.

de alcanzar, como la misma vida de oración. Convendrá recordar, a este respecto, que los discípulos pidieron a Jesús que les enseñe a rezar por el impacto que les produjo verlo en oración (cf. Lc 11, 1). De modo semejante, será el testimonio de nuestra oración o de la oración de aquellos a los que ama y admira la persona a la que acompañamos —incluidos los santos de su devoción— lo que provocará en ella el deseo de rezar. Podemos decir lo mismo de la iniciación a la práctica de las virtudes teologales, que “fundan, animan y caracterizan el obrar moral del cristiano” (CEC 1813) y de las virtudes que son más afines a la esperanza, como la fortaleza y la magnanimidad, la paciencia y la perseverancia³².

4. Desde los motivos secundarios

Así como tiene metas secundarias, la esperanza teologal cuenta, también, con motivos del mismo orden, que lo son en virtud del motivo principal y en relación a él, como la gracia santificante y sus frutos, nuestros méritos. Justificados por la gracia, dice san Pablo, somos “en esperanza, herederos de la vida eterna” (Tt 3, 7). Y el autor de la Carta a los Hebreos, refiriéndose a los méritos, desea que cada uno “demuestre el mismo empeño hasta el final, para que se cumpla vuestra esperanza” (Hb 6, 11). Mencionamos estos dos motivos mayores a fin de poner de manifiesto que el hecho de ser secundarios no los hace innecesarios. En realidad, sería una tremenda temeridad apreciar el motivo primario menospreciando los secundarios³³. Como las metas secundarias, los motivos secundarios se ordenan entre sí y bajo el principal; las metas lo hacen según su mayor o menor cercanía a la bondad de Dios; los motivos, según su mayor o menor participación de su auxilio omnipotente. Así, por ejemplo, el auxilio que brinda un sacramento, como el bautismo o la confesión, es mucho mayor que el que otorga el agua bendita, por lo que sería temerario valorar este último menospreciando el primero.

De este modo, la condición de motivo de la esperanza teologal se extiende analógicamente desde el motivo principal a todo lo que nos ayuda a obtener algún bien arduo o a evitar algún mal peligroso, incluidos los auxilios materiales o temporales, como el vigor físico de un cuerpo saludable o el vigor intelectual que confiere una ciencia o un arte. Por eso, enseña santo Tomás de Aquino que “la esperanza es, en el hombre, el principio de todas las operaciones que se or-

32 Cf. ST II-II, qq. 129 et 134; 122 et 136-137.

33 Algo semejante sería creer en Dios sin aceptar que ha dispuesto para nosotros un camino de salvación centrado en Cristo y ligado a la Iglesia. Cf. Hch 4, 12; LG 14.

denan al bien arduo"³⁴, esto es, a cualquier bien de difícil obtención alcanzado por cualquiera de los motivos secundarios. Estos motivos adquieren todo su valor y eficacia cuando nos apoyamos en ellos de modo ordenado, reconociendo su consistencia propia por su referencia al motivo principal. De manera inversa, el Espíritu de Dios se vale de los motivos secundarios, incluidos aquellos que de suyo no pueden otorgarnos más que auxilios temporales, para excitar en nuestros corazones la confianza en el auxilio del poder divino. En este sentido, san Pablo dice a los cristianos de Corinto que, gracias a su generosidad, la colecta para la comunidad de Jerusalén provocará acciones de gracias a Dios porque pondrá de manifiesto su auxilio (cf. 2 Co 9, 10-14).

A partir de estos presupuestos, podemos discernir orientaciones específicas para nuestro acompañamiento de la persona que, sumida en la desesperanza, ha perdido toda motivación para afrontar las contrariedades de la vida. Ciertamente, un primer paso para animarla a la confianza en el auxilio divino será ayudarla a huir de todo lo que pueda fomentar en ella el desaliento, comenzando por lo que resulte más fácil de evadir, como el descuido del descanso y las malas compañías, y a acudir a todo lo que pueda motivarla a esperar en el auxilio de Dios comenzando por los auxilios que tiene al alcance de la mano, como la ayuda que le puede brindar la cercanía de allegados, familiares o amigos.

Exhortar a la persona que atraviesa esta crisis a orar para agradecer a Dios por las pequeñas victorias cotidianas en la superación de la angustia y la desesperanza gracias a estos motivos secundarios, será una ocasión propicia para que pueda valorarlos mejor y reconocer su referencia al motivo principal (cf. Sal 115, 1; 50, 23). Esto mismo podrá motivarla, también, a cultivar progresivamente el hábito de acudir con mayor frecuencia al auxilio divino por medio de la plegaria (cf. Sal 30 1s.). Se podrán aprovechar, en este sentido, sus devociones particulares, por ejemplo, las advocaciones a la Virgen o a los santos. En fin, su aprecio por la intercesión de los santos, que conforman la comunidad de la Iglesia Celeste, puede ser una oportunidad para que redescubra el valor de la intercesión de la Iglesia peregrina y de su propia participación en las oraciones comunitarias y en las celebraciones litúrgicas, en las que está especialmente presente el Señor de nuestra esperanza (cf. Mt 18, 20; SC 7).

No cabe duda de que son, ante todo, los allegados de la persona que padece esta crisis los que la alentarán y apoyarán para que no se dé por vencida; su cer-

34 In III Sent., d. 26, q. 2, a. 2, ad 2.

canía, gestos y palabras le ayudarán a superar las ideas distorsionadas de que está completamente sola y desamparada, incapacitada y sin recursos para sobreponerse a la situación que la desmorona. Con todo, siempre que sea posible, el auxilio psicológico de un profesional debería ser buscado con especial cuidado³⁵. La sociedad en su conjunto es cada vez más consciente de la responsabilidad subsidiaria que le toca, como podemos notarlo en la asistencia que se presta a la persona en riesgo de suicidio a través de los diversos estamentos del sistema sanitario. Por lo demás, una oportuna consejería bioética ayudaría a no reducir este cuidado al tratamiento de trastornos psiquiátricos³⁶. De ahí, también, la importancia de ofrecer un acompañamiento espiritual, lo que supone la cercanía de una comunidad eclesial que no ahorre esfuerzos en una profundización teológica de esta problemática, en diálogo con otras áreas del saber teórico y práctico.

En fin, para el cuidado concreto de la persona en riesgo de suicidio, convendrá tener presente que las mismas realidades que son motivos secundarios de la esperanza teologal, pueden ser, a la vez, valoradas y asumidas por ella como metas secundarias³⁷. Así, por ejemplo, su aprecio por el entorno familiar y social se acrecienta cuando comprueba cómo la ayuda a gestionar su desaliento y a renovar sus anhelos y expectativas. De modo semejante, la misma comunidad eclesial podrá ser apreciada por ella como un ámbito privilegiado para la vivencia de la esperanza teologal, puesto que la Iglesia es el sacramento la comunión espiritual con Cristo y con los hermanos en el que se encuentra "la plenitud total de los medios de salvación" (UR 3; cf. LG 1). Aunque, al principio, la persona que acompañamos podrá verificar este doble registro de meta y motivo en realidades más accesibles para ella, por ser más fáciles de desear y menos difíciles de alcanzar. Baste con pensar en las cosas simples de la vida, como la mesa tendida en el jardín con el pan

35 En referencia a esta ayuda profesional como motivo secundario de la virtud, resultan de particular interés las investigaciones y aplicaciones clínicas de la terapia cognitivo-conductual. De la abundante bibliografía sobre esta temática, nos contentaremos con destacar la siguiente obra: Wenzel A, et al. *Cognitive therapy for suicidal patients*. Washington DC: APA; 2009. Este manual de tratamiento completa el protocolo de terapia cognitiva dirigido específicamente a la conducta suicida, que había sido iniciado por los autores a finales de la década de los noventa.

36 El diccionario de la APA advierte que el suicidio "puede manifestarse independientemente de cualquier trastorno psiquiátrico, a veces sin señales de advertencia, en particular como resultado de circunstancias estresantes como un duelo prolongado, el acoso escolar, las dificultades financieras o el deterioro de la salud". *APA Dictionary of Psychology*. Washington, DC: APA (ed.); 2015 [actualizado en mayo de 2022; citado el 28 de agosto de 2025]. Disponible en: <https://dictionary.apa.org/suicide>

37 De este modo se replica analógicamente en los motivos secundarios, lo que se verifica en el motivo principal, la omnipotencia divina, que es, a la vez, como sumo bien, meta principal.

al sol del mediodía. Cuanto más valoramos el poder de estos pequeños detalles para librarnos de la vorágine sin rumbo y del vacío de placeres fugaces, tanto más se acrecienta nuestro anhelo de disfrutarlos³⁸.

FORMAR EL CORAZÓN PARA ACOMPAÑAR EN LA ESPERANZA

Llegando al final de nuestro recorrido, ofrecemos una breve recapitulación de lo expuesto, seguida de una invitación a renovar el esfuerzo por una formación permanente más intensa y más integral, para que nuestro mensaje de esperanza, como un eco de la voz del Buen Pastor, mueva a la persona que atraviesa el valle tenebroso de la desesperación suicida a confiar en su vara y su cayado, y a anhelar las verdes praderas con aguas tranquilas hacia las que la conduce (cf. Sal 23, 1-4). La observación de dos líneas de estudios psicológicos sobre el suicidio, referidas a la desesperación y a la religión respectivamente, nos ha dado la ocasión de poner de relieve la actualidad y la necesidad de dicho mensaje. Apoyándonos en la Escritura y la tradición teológica, hemos querido destacar algunos de sus contenidos centrales que nos ofrecen orientaciones precisas para un acompañamiento cristiano más adecuado y consistente, convencidos de que la respuesta más acabada al "misterio psíquico" del suicidio solo se encuentra en el Misterio de Cristo.

A la luz de la enseñanza moral de la teología clásica, hemos visto que la virtud de la esperanza es teologal porque Dios, además de ser su origen, es su término y su motivo. Se distingue de las virtudes de la fe y de la caridad porque su término es Dios como bien sumo y su motivo la omnipotencia misericordiosa de Dios. Por lo primero, la esperanza nos hace anhelar el gozo de la posesión de Dios; por lo segundo, nos hace confiar en su auxilio para alcanzarlo. La revelación completa de este anhelo confiado que caracteriza la virtud de la esperanza fue preparada paulatinamente en el Antiguo Testamento, atravesado de un extremo al otro por el binomio promesa-cumplimiento.

Enviando a su Hijo al mundo, en la plenitud de los tiempos, Dios ha cumplido con creces sus antiguas promesas. En efecto, por su muerte y resurrección, Cristo ha abierto el camino de la salvación anunciada comunicándonos el Espíritu que

38 El cantor popular lo expresa bellamente en su consejo al joven que experimenta la tentación de alejarse de las cosas sencillas de su pueblo natal: "Demórate aquí, en la luz mayor de este mediodía, donde encontrarás, con el pan al sol, la mesa tendida. Por eso muchacho no partas, ahora, soñando el regreso, que el amor es simple y a las cosas simples las devora el tiempo". Tejada Gómez A, Isella JC. Canción de las simples cosas (Disco). Madrid: Fonogram; 1979.

da la vida, prenda de la herencia eterna. Por eso, nosotros proclamamos, con María Magdalena y con toda la Iglesia, "Resucitó Cristo, mi esperanza"³⁹, mientras aguardamos, llenos de anhelo y confianza, su manifestación gloriosa al final de la historia. Asumiendo y purificando las esperanzas humanas, la esperanza teológica es una fuerza sobrenatural, una virtud infundida por Dios en la voluntad, que trasciende la emoción sensible homónima confiriendo al hombre un vivísimo anhelo de la bienaventuranza por la participación definitiva en la resurrección de Cristo, y un abandono confiado en el auxilio del poder infinito de Dios que ha garantizado la realización de este anhelo con la victoria de Cristo sobre el pecado y la muerte (cf. 1 Co 15, 57).

El carácter infuso de la virtud de la esperanza y la complejidad de la problemática del suicidio nos han permitido discernir las exigencias primarias de la ayuda que podemos brindar, como creyentes en Cristo, a la persona que padece este drama: la oración de intercesión, el testimonio de vida y el anuncio de la buena nueva de la esperanza cristiana. Por su parte, la enseñanza sobre las metas y motivos secundarios de la virtud ofrece orientaciones complementarias de gran provecho para el servicio que se requiere de nosotros en este acompañamiento. Propiamente hablando, no podemos transmitir la virtud de la esperanza a la persona que atraviesa una crisis suicida, como el buen samaritano de la parábola no podía dar la salud a la persona moribunda que encontró al borde del camino (cf. Lc 10, 25-37). Podemos, sin embargo, cooperar con Dios, como él, para que nuestro prójimo mortecino de esperanza la recobre y reavive en su corazón, recurriendo a realidades creadas, sagradas o profanas, espirituales o materiales, que podrá valorar bajo el doble registro de meta y motivo.

Procuraremos, en este sentido, ayudar a la persona que acompañamos a anhelar la Eucaristía como pan celestial que nos hace pregonar la gloria de la Patria y a confiar, a la vez, en las fuerzas que brinda este sacramento para el crecimiento de la vida en gracia mientras peregrinamos lejos del Señor. Aunque, en los inicios de nuestro servicio intentaremos, más bien, sacar provecho de realidades que pueden provocar más fácilmente su anhelo y que son menos arduas, más aún cuando son las mismas realidades que la ayudan a sobreponerse más prontamente del desaliento, como una comida en familia o un paseo en compañía de los amigos. Invitándola a que agradezca a Dios por los pequeños logros que va obteniendo en

39 Domingo de Pascua. Secuencia. En: Leccionario Dominical T. O. Ciclo A. Edición de la Conferencia Episcopal Argentina. 3ª ed. Buenos Aires: Oficina del Libro; 2009.p. 193; cf. 1 Tm 1, 1.

el día a día, gracias a la bondad de las cosas simples, la ayudaremos a que pueda reconocer mejor su valor y su referencia al término y motivo principal de la virtud.

Para el éxito de este cuidado inspirado en el mensaje de la esperanza cristiana, es fundamental que podamos dimensionar el compromiso que supone. Además del testimonio de vida y la cercanía perseverante, este servicio requiere un empeño renovado en la formación continua en diversos niveles. Debemos contar, por empezar, con una cultura general y actualizada sobre la problemática del suicidio en toda su amplitud, que nos permita reconocer, entre otras cosas, la importancia de los diversos enfoques, como el de la psicología y la sociología. Es imprescindible, además, que aprendamos a observar ciertos protocolos básicos de comportamiento, como sucede, *mutatis mutandis*, en el voluntariado al servicio de enfermos terminales. Pero las diversas perspectivas y contenidos formativos nunca serán suficientes sin una auténtica formación del corazón, que exige, además de una intensa vida de oración y la constancia en la práctica de las virtudes, una profundización continua de nuestra fe en Jesucristo por el cultivo del saber teológico, en especial, de la rama bioética de la teología moral, que impone de suyo un diálogo fluido y permanente con las ciencias de la vida.

BIBLIOGRAFÍA

APA Dictionary of Psychology. Washington, DC: APA (ed.); 2015 [actualizado en mayo de 2022; citado el 28 de agosto de 2025]. Disponible en: <https://dictionary.apa.org/>

Beck AT et al. Hopelessness and suicidal behavior: An overview. En: Maltzberger JT, Goldblatt MJ, editores. Essential papers on suicide. Nueva York: NYU Press; 1996.p. 331-41.

Biblia de Jerusalén. 4ª ed. Bilbao; Desclée de Brouwer; 2009.

Cano Arenas A, Chiva San Román L. En la encrucijada del suicidio: Teología y espiritualidad de un sufrimiento insoportable. *Sal terrae*. 2022; 110 (1281): 819-32.

Catecismo de la Iglesia Católica [CEC]. Vaticano: LEV; 1997. Edición disponible en: https://www.vatican.va/archive/catechism_sp/index_sp.html

Concilio Vaticano II. Buenos Aires: Ágape; 2018.

Dervic K et al. Religious Affiliation and Suicide Attempt. *Am J Psychiatry*. 2004; 161: 2303-08.

Dogra AK et al. Impact of meaning in life and reasons for living to Hope and suicidal ideation: a study among college students. *Psychol Mental Health*. 2011; 18: 89-102.

Durkheim E. *Le suicide: Étude de sociologie*. París: Félix Alcan; 1897.

Fernández A. Religión y relaciones sociales como factores de protección contra la ideación suicida en adolescentes de bachillerato privado de la CDMX [Tesis profesional]. México: UP; 2019.

Flecha JR. *Bioética: La fuente de la vida*. 2ª ed. Salamanca: Sígueme; 2007.

García-Alandete J et al. Depresión, desesperanza, neurosis noógena y suicidio. En: VIII Congreso Virtual de Psiquiatría. *Interpsiquis*; Palma de Mallorca; 2007. p. 1-15.

García Peña JJ et al. *Espirieducación. Lo espíritu-religioso, un factor protector contra el suicidio*. En: García Peña JJ (dir.). *El suicidio. Una mirada integral e integradora*. Antioquia: Fondo Editorial Universidad Católica Luis Amigó; 2020.

Hoffmann E. *Esperanza*. En: Coenen L et al (dir.). *DTNT. vol. II*. Salamanca: Sígueme; 1990.

Ide P. *Une psychologie de l'espoir pour une pastorale de l'espérance*. *NRT*. 2025; 147(1): 22-38.

Juárez G. La doctrina tomasiana sobre el deseo natural de ver a Dios según Domingo María Basso, O.P. *Sapientia*. 2011; 67: 263-71.

Leccionario Dominical T. O. Ciclo A. Edición de la Conferencia Episcopal Argentina. 3ª ed. Buenos Aires: Oficina del Libro; 2009.

Labourdette IM. *L'Espérance: Grand cours de théologie morale, vol. 9*. París: Parole et Silence; 2012.

Marco J et al. Meaning of life buffers the association between hopelessness and suicide in participants with mental disorders. *J Clin Psychol*. 2016; 72(7): 689-706.

Martín Salinas A et al. La comunidad religiosa como factor protector ante el suicidio. *INFAD*. 2023; 1(2) 167-80.

Misal Romano. *Edición de la Conferencia Episcopal Argentina*. 3ª ed. Buenos Aires: Oficina del Libro; 2009.

Pangrazzi A. *Suicidio: De la rendición a la lucha por la vida*. Madrid: San Pablo; 2005.

- Ramírez S, De Spe Theologica: Opera Omnia, t. 11, v. 1-2. Madrid: BTE; 1994.
- . La esencia de la esperanza cristiana. Madrid: Punta Europa; 1960.
- Reeve J. Motivación y Emoción. Madrid: McGraw-Hill; 2010.
- San Agustín de Hipona, Confesiones: Obras, t. 2. Madrid: BAC; 1979.
- . Enchiridion: Obras, t. 4. Madrid: BAC; 2011.p. 462-639.
- . Sermones 2: Obras, t. 10. Madrid: BAC; 1983.
- San Buenaventura, Commentaria in quatuor Libros Sententiarum Magistri Petri Lombardi: Opera Omnia. T. 3. Quaracchi: Studio et cura PP. Collegii S. Bonaventurae; 1887.
- . El árbol de la vida: Obras. T. 2. Madrid: BAC; 1946.p. 229-353.
- Santo Tomás de Aquino, Corpus Thomisticum. Pamplona: Alarcón E (ed.); 2000 [actualizado el 10 de agosto de 2024; citado el 28 de agosto de 2025]. Disponible en: <https://www.corpusthomicum.org/iopera.html>
- Smith TB et al. Outcomes of religious and spiritual adaptations to psychotherapy: A meta-analytic review. *Psychotherapy Research*. 2007; 17, 6 (2007): 643-55.
- Taha N et al. La espiritualidad y religiosidad como factor protector en mujeres depresivas con riesgo suicida: consenso de expertos. *Rev Chil Neuro-psiquiat*. 2011; 49(4): 347-60.
- Tejada Gómez A, Isella JC. Canción de las simples cosas (Disco). Madrid: Fonogram; 1979.
- Wünsch VL et al. Bioética, teologia e saúde mental: diretrizes de cuidado e prevenção do suicídio. *Rev iberoam bioét*. 2016 (2): 1-15.
- Wenzel A et al. Cognitive therapy for suicidal patients. Washington DC: APA; 2009.